



Segundo Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-1974)
Organizado por la Red de Estudios sobre el Peronismo
Universidad Nacional de Tres de Febrero, 4-6 de noviembre de 2010

Los orígenes olvidados de la Juventud Peronista (1945-1955): la protohistoria de un mito argentino

Autor: Omar Acha (UBA/CONICET)

Esta ponencia reconstruye la historia de la primera Juventud Peronista. Para comprender el proceso se sostiene que es preciso ubicarla en el seno de una historia social y cultural de la juventud. La primera sección esboza temas de dicha historia social y la segunda organiza datos de la emergencia inicial de la Juventud Peronista en el seno del movimiento guiado por Juan Perón.

Consideraciones para una historia social de la juventud en el peronismo

Durante los tiempos que antecedieron inmediatamente al extraordinario ascenso de la figura de Juan Perón como líder popular, el problema de la juventud estaba definido en términos de clase y cultura. Los jóvenes que causaban angustia por su peligrosidad eran los varones de las clases populares y no los de las clases medias y altas. Para éstos existían canales de integración a una sociedad móvil pero reproductora de las jerarquías en sus rangos más elevados. En cambio, con las nuevas masas jóvenes que comenzaban a apiñarse en las esquinas, los estadios de fútbol, en las plazas, se carecía de una respuesta que excediera a la expectación y el temor. El ánimo de reforma social de la Argentina de los años treinta era insignificante en materia juvenil. Los discursos dirigidos a plantear el tema lo hicieron simplificadamente alrededor del enfoque de la delincuencia juvenil. Quizá lo más ambicioso fuera lo ensayado en la provincia de Buenos Aires por el conservador gobernador Manuel Fresco, cuyas maneras nacionalistas y católicas de alguna manera serán retomadas, en sentidos sociales muy diferentes, por el peronismo. Pero el



caso de Fresco fue demasiado efímero y, como sucedería con el peronismo fundacional, la idea de infancia se sobreponía a la de juventud.

Hacia 1946 los problemas sociales relativos a la juventud masculina comenzaban a preocupar a los comentaristas jurídicos, políticos y periodísticos. Desde todos los cuarteles ideológicos surgieron advertencias y propuestas para enfrentar una cuestión que se mencionaba alrededor de la adolescencia. Emergió en artículos de la prestigiosa revista católica *Criterio* o textos del médico socialista Florencio Escardó en su opúsculo *La juventud y la hora*, escrito en 1945. Las opciones políticas que disponían de fuerzas juveniles mejor organizadas, como el nacionalismo o el comunismo, defendían perspectivas más optimistas, aunque no dieron la tónica al periodo.

Ya iniciado el gobierno peronista, los economistas y sociólogos católicos del Instituto de Investigaciones Económicas “Alejandro Bunge”, simpatizantes del nuevo gobierno, llamaban la atención sobre la novedad en el pasaje de la escuela primaria a lo que denominaban “la vida”, que no era otra cosa que el trabajo. Sostenían que de los 550.000 jóvenes entre 14 y 18 años, 90 mil seguían estudios medios y especiales; pocos encontraban vías de formación en las tareas rurales; 50 mil lo hallaban en ocupaciones industriales y auxiliares de comercio. Sobre el resto de más de 350 mil pronosticaron lo siguiente: “pasará su adolescencia en las tareas deformadoras del ‘canillita’, del lustrabotas o del vendedor ambulante, o simplemente vagando, al alcance de todos los peligros de la calle, y perdiendo lamentablemente los mejores años de su existencia en el juego, las malas amistades y en la grosería soez para con la mujer, formándose un inadaptado al ambiente, propenso a todos los extremismos y de mente maleable para las más exóticas experiencias sociales” (Instituto, 161). Desde el peronismo se tenía una perspectiva menos catastrofista. La escuela y luego la Fundación Eva Perón podrían contener y orientar a esa juventud en crecimiento. La conflictividad juvenil se debía a las lacras de la Argentina del pasado y no había razones para que se reprodujeran en la nueva era peronista.

El primer peronismo fue la expresión argentina e intransferible de un proceso común a Occidente, en el que la juventud tuvo un papel decisivo, pues fue su ascenso de fase de la



biografía entre dos tramos fundamentales –la infancia y la adultez ligada al trabajo y una nueva familia– a constituir una fase en sí misma, independiente y opuesta a la otras dos, de la experiencia histórica. Ningún país de América Latina se libró de las derivaciones de una novedad juvenil para la cual las viejas generaciones y las ideologías no estaban preparadas.

La acumulación de nuevas camadas de adhesiones peronistas y el crecimiento de los “únicos privilegiados” hizo que en los últimos segmentos de la década peronista aparecieran presiones internas para la constitución de un nuevo sector político. Fue la Juventud, un nuevo sector cuyo lugar en la sociología peronista y en la estructura institucional del movimiento liderado por Perón era una incógnita. El Partido Peronista en sus dos ramas no estaba preparado para asumir esta novedad, y sólo tardíamente sus élites atinaron a organizar a la juventud en busca de un lugar. La Juventud Peronista, como formación política, fue un hecho tardío del primer peronismo. No obstante ello, puede decirse también que fue una decisión prematura lanzar su construcción a lo largo del país.

El gobierno y movimiento peronista atinaron a diseñar un proceso de incorporación social y moral de la juventud a través de la escuela y el asociacionismo deportivo-cultural. De esta última, la Unión de Estudiantes Secundarios fue la expresión más conocida, pero en modo alguno la única. La Confederación General Universitaria tuvo una relevancia menor. No obstante, la presión de una demanda originada en la aparición social de una demografía juvenil engendró formas de representación política que se materializaron en la complicada historia de la primigenia Juventud Peronista que pasamos a reconstruir.

El surgimiento de la Juventud Peronista

Los antecedentes de agrupaciones juveniles políticas adherentes al proyecto político de Perón pueden ser rastreados desde el 17 de octubre de 1945, en el Partido Laborista creado poco después, en el posterior Partido Único de la Revolución Nacional. No obstante, su estructura iba a emerger en el Partido Peronista tres años después de su fundación. Agrupamientos menores,



generalmente al resguardo de unidades básicas (como en Bahía Blanca y en Córdoba) fueron hallados en esta investigación desde 1948.

Las reuniones constitutivas del Movimiento de la Juventud Peronista de la República Argentina tuvieron lugar en Buenos Aires durante la primera quincena de diciembre de 1951. Fueron actos protocolares destinados a crear una fuerza que coaligara las numerosas expresiones de organización juvenil que poblaban, todavía sin un nombre colectivo, al Partido Peronista. La novedad institucional quiso instituir una política para la integración de los jóvenes que ya estaban presentes en las filas partidarias a través de sus actividades en las unidades básicas. Una reunión del Consejo Superior del Partido Peronista, presidido por el contralmirante Alberto Teisare, convalidó la creación de la nueva entidad, aunque no avanzó en la definición de su lugar institucional. La Juventud Peronista tendría la estructura de un “movimiento” y por lo tanto no constituía una rama del esquema político peronista. Compuesto por varones jóvenes, carecía de una posición clara en el Partido Peronista (masculino). La constitución del Movimiento de la Juventud Peronista fue un efecto de la exaltación producida por la confirmación de la hegemonía electoral de su partido en las recientes elecciones que consagraron el segundo mandato de Perón con un índice de apoyo popular más elevado que el de 1946. Sin embargo, los dos primeros años de la agrupación pasaron desapercibidos.

Fue recién con el segundo aniversario que sus actividades comenzaron a devenir visibles. Las mismas parecían más próximas a lo que se ha denominado la “segunda línea” del peronismo, en este caso, Teisare y el gobernador bonaerense Carlos Aloé.

Huellas posteriores del Movimiento de la Juventud Peronista se manifestaron en ocasión del acto de conmemoración del 17 de octubre en 1953. Justificó su participación pues “es de trascendental importancia para la vida cívica de la Nación todo lo que rememore una gesta realmente emancipadora” (*La Prensa*, 16-10-1953). El carácter germinal de la Juventud se revela en el hecho de que pocas semanas más tarde la intervención del Partido Peronista constituyera una “comisión asesora” con el objeto de “nuclear a la juventud peronista, de conformidad con el



pensamiento del Presidente de la Nación” (*El Laborista*, 29-11-1953).

Las celebraciones del segundo año de existencia de la Juventud Peronista se realizaron en la ciudad de Eva Perón (nombre adoptado por La Plata poco después del fallecimiento de la esposa de Perón). Es posible que la visibilidad buscada por el evento se viera opacada por una noticia espectacular privilegiada por la prensa peronista: el mismo día el físico austríaco Ronald Richter anunció que la Argentina estaría próximamente en condiciones de fabricar reactores nucleares. La Argentina se convertiría en una potencia nuclear dedicada a fines pacíficos. Toda otra novedad quedaba aplastada por la sensacional revelación.

La jornada celebratoria juvenil se llevó a cabo de todas maneras. Debe ser notado que Perón no consideró necesario acudir al evento. Un primer acto se realizó a las 16 horas en el local del Movimiento sito en la calle 16 número 530, donde habló el dirigente principal del organismo, el riojano Luis Priori Gordillo. En el evento se distribuyó el número inicial del órgano difusor del Movimiento, *Lealtad*, y se ejecutó por vez primera una “marcha” de la Juventud Peronista. A las 19 horas los asistentes se trasladaron a la Plaza Moreno, en la misma ciudad, donde tuvo lugar un acto en homenaje a Perón. Después de unas breves palabras de Priori Gordillo se hicieron presentes artistas del cine, la radio y el teatro.

Los trabajos organizativos avanzaron en todo el país, estimulados por la muerte del vicepresidente Quijano y la necesidad de convocar a comicios para reemplazarlo. La candidatura de Teisaire hizo emerger las expresiones públicas de organizaciones tales como el Centro Universitario de Eva Perón (La Plata), el Club Juventud de Necochea o el porteño Ateneo Juvenil Justicialista Argentino (*Crítica*, 29-1-1954; *Crítica*, 22-2-1954; *Crítica*, 24-2-1954; *El Diario de Cuyo*, 27-1-1954).

El nacimiento de la Juventud Peronista estaría estrechamente asociada a la consolidación del poder de Teisaire y la dirigencia partidaria más encumbrada, lo que más tarde constituiría una mácula para quienes vinieron a ocupar un espacio que consideraban vacante, o más exactamente, conquistable. Desde su condición de presidente del Consejo Superior del Partido Peronista,



Teisaire impulsó la convocatoria de cuadros dirigenciales, para lo cual acudió a numerosos activistas de agrupaciones nacionalistas, como Alianza Libertadora Nacionalista y la Alianza de la Juventud Nacionalista. Como la Juventud Peronista no estaba formalmente inserta en el Partido Peronista, la cooptación de nacionalistas dejaba incólume las lógicas de poder y decisión. Esta primera Juventud Peronista fue concebida como un órgano de acción y no como una asociación con objetivos políticos propios. Si bien en la práctica cotidiana las actividades de la Juventud se mostrarán inequívocamente políticas, para las élites peronistas la condición juvenil de sus integrantes debía asegurar una pureza frente a las tentaciones de las confrontaciones partidarias. El Movimiento tuvo al principio un Consejo Nacional presidido por Luis Priori Gordillo, su dirigente fundador, secundado por Rómulo di Gasbarro. El secretario de Prensa y encargado de editar el órgano *Lealtad* Julio Alfredo Garay.

La primera delegación regional se constituyó en la Capital Federal. Su responsable fue Alfredo Mateos. Cuando éste apenas contaba con sus primeros núcleos en Buenos Aires, apenas iniciado enero de 1954, celebró la candidatura de Teisaire describiéndolo como “un hombre recio, sincero y leal que habiendo encaminado sabiamente sus pasos por la senda de la lealtad y del peronismo, constituye hoy un verdadero puntal de la causa” (*Crítica*, 17-1-54). Una primera imagen disponible apareció poco después en el diario *El Día*. Muestra a Priori Gordillo, junto a otros integrantes del Movimiento en el despacho del presidente provisional del Senado de la Nación, Alberto Iturbe, acompañado por el presidente del bloque único de la cámara, José Guillermo de Paolis (*El Día*, 28-1-54). Este tipo de visitas intermedias entre la cortesía y la construcción de capitales sociales y políticos, constituyeron diligencias habituales en todos los niveles y momentos de la vida de la Juventud Peronista nacida en el seno partidario pero no reconocida como parte integrante de pleno derecho. La denominación de “movimiento” aludía, justamente, al carácter vacilante y virtual de una institucionalización imprecisa. Cuando la Juventud Peronista comenzó a adquirir alguna relevancia, se produjo un pasaje de activistas provenientes de las organizaciones nacionalistas como la Alianza Libertadora Nacionalista y la Alianza de la



Juventud Nacionalista. No fue una lógica de infiltración. Los cuadros que vieron allí la oportunidad de constituir una fuerza política juvenil significativa, capaz de sacarlos de la marginalidad a que parecía condenado el nacionalismo, sinceramente identificada como peronista. Como veremos, no fue la única transferencia de militantes que fue seducida por renovado movimiento amparado por Teisaire.

El primer encargo significativo para la Juventud, justamente, consistió en brindar soporte a los equipos electorales para la candidatura de Teisaire. Para la misma se aprestó a contribuir con tres equipos de colaboradores, de oradores y de fiscales (*La Gaceta*, 20-2-54). Dentro de este esquema, la Juventud Peronista de Santiago del Estero resolvió asegurar “la más amplia colaboración” para la elección de Teisaire (*Crítica*, 17-2-54). En el distrito porteño la comisión asesora de la Juventud Peronista se sumó a las alocuciones públicas que se realizaron para propagandizar la candidatura, que según un periódico debía alcanzar a más de cien oradores para cada delegación regional (*Rosario*, 3-2-54). Al mismo tiempo, avanzaba la edificación institucional en todo el país.

La primera asamblea nacional de la Juventud Peronista se desarrolló entre el 25 y el 30 de marzo de 1954 en la ciudad de Buenos Aires. La reunión de cierre se realizó en Callao 1415. La presidencia de la asamblea estuvo a cargo de di Gasbarro. Los representantes de las delegaciones regionales fueron los siguientes: de Héctor Pereyra por la Capital Federal, Juan José Artola por la provincia de Buenos Aires, Benito Cortiña por Córdoba, Manuel Gambino por Entre Ríos, Vicente Martín por Santa Fe, Enrique Lauzun por Mendoza, Rubén Cardozo por Tucumán, Reno Gómez por Santiago del Estero, César Díaz por La Rioja, Celso Allocco Castagno por San Juan, y Dante H. Bravo por Salta. También asistieron comisionados por las provincias de Eva Perón (hoy La Pampa), Presidente Perón (hoy Chaco) y Misiones.

La sesión final fue presidida por Priori Gordillo. El dirigente destacó la relevancia de la juventud argentina como ejemplo ante las nuevas generaciones del mundo. Además de puntualizar la necesidad de que los jóvenes se capaciten física y mentalmente, Priori Gordillo insistió en la



tarea primordial de luchar por la defensa de las “conquistas” logradas por la ciudadanía argentina (*La Capital*, Rosario, 31-3-54).

La asamblea puede ser considerada como el auténtico nacimiento político de la Juventud Peronista, que entonces fue recibida por el ministro Ángel Borlenghi, lo que aseguraba una visibilidad ante Perón que se añadía a la garantizada por Teisaire (*El Atlántico*, 1º-4-54).

¿Cuáles eran las metas de la agrupación? Un elenco de las mismas fue provisto en junio de 1954 por el delegado regional de la Juventud Peronista en Mendoza. Tito Garay mencionó como principios de la Juventud consolidar el Partido Peronista “en una organización fuerte, cuya alma sea, a través del tiempo la realidad de la doctrina nacional”; la segunda, estructurar a la juventud peronista de toda la república “para que ésta inicie la nueva práctica eliminadora de todos los personalismos absorbentes o disociadores que nos legó el pasado argentino”; la tercera, “[i]nculcar la virtud no consistente en desconocer los vicios sino en conocerlos para evitarlos”; la cuarta, constituir una “escuela práctica” de la nueva política “tratando de inculcarla incluso en los conglomerados partidarios opositores para que éstos, al capacitarse, pueda alcanzar el principio del nivel peronista”; la quinta, ofrecer una solución dentro del programa partidario de los “grandes problemas de la juventud argentina”; la sexta, encauzar los deportes y la cultura “cultura hacia una reforma cultural integral”; la séptima, resolver el problema de la minoridad y la niñez en sus dimensiones sociales y políticas; la octava, capacitar a la adolescencia “para su preparación cívica”; la novena, la formación deportiva integral del joven; y la décima, hacer guardia “sin uniforme” de “la vida, el nombre y el prestigio del general Perón y de sus hombres, entendiendo con esto cuidar la patria misma” (*Los Andes*, 7-8-54).

Se anunció un acto de la Juventud en la esquina de las calles Suárez y Almirante Brown, para el que fueron designados como oradores Ramón Hugo Ferraro, Emilio Máspero, Alberto De Morra y Luis César Perazzo, presidente de la rama masculina de la UES (*El Laborista*, 4-4-1954).

La recién mencionada participación de Emilio Máspero nos permite abrir un breve paréntesis sobre un tema que pronto tendría derivaciones inesperadas para el destino del peronismo.



Máspero era un activista cristiano de la Juventud Obrera Católica (JOC), organización creada en 1940 para promover la inserción sindical del laicado trabajador. Durante el peronismo, la habitual marginalidad del catolicismo social en el movimiento obrero se había profundizado en beneficio de un gobierno que aparecía como un aliado. Recordó luego Máspero que militantes de la JOC se insertaron en los sindicatos peronistas para intentar influir en sus direcciones.

Este proyecto fracasó, pero brindó a Perón algunas razones para acusar la “infiltración” católicas de las “organizaciones del pueblo” en noviembre de 1954, imputación trascendental que aceleró la confrontación con la principal fuerza religiosa en la Argentina. Otro activista católico de importante actuación durante el enfrentamiento entre la Iglesia y el peronismo durante el bienio 1954-1955, Florencio J. Arnaudo, relató al autor su recuerdo sobre otra práctica de inserción en las fuerzas peronistas: el pasaje de militantes de la JOC a la Juventud Peronista. Fue seguramente el caso de Máspero, quien a fines de 1954 pasó de la Juventud a militar en el campo antiperonista y llegó a participar en los “comandos civiles” que apoyaron el ataque militar contra Perón.

La campaña electoral de 1954 incluyó además una modalidad de “actos relámpago” que luego serían utilizados por la Juventud Peronista de la postperonismo. Con esto no queremos indicar ningún vínculo directo, pues en realidad los actos breves y repentinos eran utilizados por otros sectores, como los comunistas en severísima represión. Pues bien, el ajustado manual de las actividades de la campaña decía sobre los actos relámpago: “En forma simultánea, en distintos lugares del Distrito Federal, la Juventud, bajo la dirección de los Comandos Eleccionarios, realizará actos ‘relámpagos’ de cinco a diez minutos de duración, actos que, juntamente con los demás, pondrán en ‘efervescencia’ a la Capital, anulando a la Oposición y aplastando su moral” (Intervención). El uso del vigor y la agilidad de la Juventud estaban claramente supeditados a una dirección de sus mayores.

La Juventud Peronista más visible para los medios gráficos fue sin duda la porteña, que desde su primer arraigo no dejó pasar oportunidad de las efemérides del peronismo para manifestar su adhesión, sea para el 17 de octubre, el 4 de junio, el 26 de julio o los acontecimientos notables



como atentados terroristas de la oposición, pronunciamientos militares o huelgas importantes (*La Prensa*, 27-7-54; *El Líder*, 5-6-55). No obstante, el estatus institucional de la Juventud Peronista era incierto. Carecía de un elenco dirigente estable.

A pesar del tono dubitativo del desarrollo de la Juventud Peronista, la entidad se expandió por todo el país. Seguramente exageraba Priori Gordillo cuando declaró al diario mendocino *Los Andes* que el movimiento contaba entre adherentes y afiliados con sesenta y cinco mil integrantes (*Los Andes*, 27-6-54). Sin embargo, con un número más reducido, los progresos eran inocultables.

Su carácter organizativo no alcanzó a integrarse en el esquema del Partido Peronista, y no es raro que en alguna ocasión las autoridades del Partido impugnaran la autonomía del sector juvenil, pues debía someterse a la supervisión del delegado partidario de cada distrito (*La Prensa*, 10-8-54). En efecto, en agosto la secretaría de Prensa del Movimiento juvenil difundió un comunicado donde declaró que “su actividad se desenvuelve bajo la dependencia del Partido Peronista y colaborando con su estructura general en la capital federal y en las provincias y que entiende ver en la jerarquía partidaria, tanto Consejo Superior como intervenciones partidarias, la directiva del general Perón” (*La Nueva Provincia*, 4-8-54).

La confrontación que opuso el catolicismo al peronismo desde fines de 1954 impuso un panorama muy distinto. Fue después de las actividades de proselitismo de comienzos del año el impulso que llevó a la etapa final de la Juventud Peronista. El verano transcurrió en preparativos de ambas partes, la multiplicación de panfletos y rumores diseminados por la oposición y el avance peronista sobre las prebendas tradicionalmente asignadas a las instituciones católicas, como la exención del pago de impuestos, y el cierre de otros más recientes como la educación religiosa en las escuelas. El conflicto produjo rupturas en una Juventud Peronista que había atraído a numerosos activistas católicos, incluso desde la Asociación de Jóvenes de la Acción Católica y de la JOC. Los nacionalistas de observancia católica también sufrieron algunos desgarramientos, aunque en su mayoría permanecieron fieles a Perón.



Mayo de 1955 fue un mes decisivo para el avance de la Juventud Peronista, cuyo Comando Nacional tenía sede en Charcas 1743, es decir, en el mismo edificio que el Consejo Superior del Partido Peronista. La dependencia edilicia es reveladora de la estrecha supervisión por parte del Consejo y el carácter embrionario de una organización que todavía carecía de un local propio. La organización del Movimiento juvenil estaba en marcha, en el contexto de una profunda crisis política que obligó a la propia reestructuración de las fuerzas justicialistas sometidas a una generalización de intervenciones distritales.

Las élites peronistas percibieron que las dificultades para una respuesta eficaz ante la situación no se restringían a la parsimonia del aparato partidario, pues la misma no era considerada perjudicial en tanto había probado ser eficiente para el triunfo electoral. También debía se debía disponer de una reeducación política y moral del propio peronismo y de la población. Durante ese mes la maquinaria propagandística montó uno de sus últimos eventos ideológicos: una campaña pública de adoctrinamiento masivo. En mayo se instrumentó una ofensiva para promover una más amplia movilización de adhesiones. Hasta entonces la difusión de la “doctrina” elaborada por Perón había sido divulgada por la palabra de éste, una ingente bibliografía en cuyo centro se hallaban las publicaciones periódicas y se concentraba en la formación de cuadros políticos en el interior del peronismo. Pero los canales habituales de propaganda eran insuficientes.

La indiferencia con que se experimentó la militancia opositora del catolicismo alarmó a las élites peronistas y llamó su atención sobre la inestabilidad de un apoyo popular ratificado por las urnas pero incapaz de enfrentar a un activismo antiperonista que se había revelando inesperadamente hábil para aglutinar diversas fuerzas hasta entonces disgregadas.

El peronismo, se vio entonces con toda claridad, tenía un déficit de cuadros dirigentes intermedios. Si ningún estadista podía competir con Perón, en el nivel en el que se planteó el conflicto desde fines de 1954, es decir, en los rangos medios y bajos de la sociedad política, el estancamiento era evidente.



Las “Jornadas doctrinarias” realizadas en el ámbito público a lo largo del país fue el esfuerzo más sistemático por recuperar la presencia en las calles y despertar el entusiasmo popular. Quiso ser una prueba para precisar quiénes eran peronistas y quiénes no lo eran.

Las metas definidas para las Jornadas fueron “perfeccionar el adoctrinamiento partidario desde un punto de vista político; divulgar intensamente y con ejemplos prácticos las ideas y realizaciones del general Perón; fortalecer las condiciones peronistas; que sepa el peronista que es peronista, porque sólo quienes ponen pasión por las cosas las llevan a cabo” (*Los Andes*, 6-4-55). Sobre todo, fue un ejercicio propagandístico pensado para avanzar en la selección de talentos políticos capaces de argumentar, exponer y debatir. Esta puntualización es necesaria para explicitar la urgencia peronista por recomponer su hegemonía desafiada por el catolicismo y lanzar hacia umbrales más elevados la adhesión popular. Y tal construcción de voluntad masiva debía sostenerse en cuadros de conducción y no en una masividad, para decirlo en el lenguaje de Perón, “inorgánica”.

Además de las unidades básicas y asociaciones vecinales, las Jornadas Doctrinarias contarían en la ciudad de Buenos Aires con el aparato provisto por los delegados barriales que en número de 44 había designado el intendente Bernardo Gago, un antiguo empleado bancario.

El proceso de organización adoptó una aceleración con el paso de las semanas en un clima crecientemente tenso. Cuando el 22 de abril Teisair se dirigió a la Juventud Peronista en la sede del Consejo Superior, anunció que se preveían 1.600 salas para que la Juventud Peronista organizara conferencias los sábados y los domingos. Las reuniones serían complementadas por números artísticos. Estaba previsto que el método de propaganda se extendiera gradualmente a las provincias y los territorios nacionales (*La Prensa*, 23-4-55; *Los Andes*, 24-4-1955). El entusiasmo de la perspectiva llevó a que la redacción de *La Prensa* –diario en manos de la CGT– identificara a la juventud peronista como quien llevaría “las banderas que se alzaron en 1945” a su “glorioso destino”, en un notable desplazamiento de la centralidad obrera (*La Prensa*, 25-5-55). La Juventud Peronista prestó su apoyo a las Jornadas, y el 23 de mayo realizó su propio



proselitismo doctrinario.

El Comando de la Juventud Peronista organizó una concentración en el Teatro Avenida de la ciudad de Buenos Aires, sede de las Jornadas Doctrinarias Juveniles. A las mismas concurren el titular del consejo superior del Partido Peronista, Teisaire, senadores, diputados y ministros del Poder Ejecutivo, el asesor del Comando de la Juventud Peronista, Rodolfo González, el secretario general de la oficina de Asuntos Políticos, el luego famoso periodista Bernardo Neustadt, entre otras autoridades. Luego de la habitual entonación de la *Marcha Peronista*, tomaron la palabra los jóvenes Carlos Gallo, Antonio Traversi, Aldo Montes de Oca, Manuel Funes, Hugo Ferraro, Gregorio Berón, Enrique Carretero, Luis César Perazzo, Alfredo Carballeda y Rodolfo Santiago Traversi (*Crítica*, 24-5-55). Además se anunció la presencia artística de “caracterizadas figuras de nuestro medio” (*El Laborista*, 23-5-55). Un diario marplatense informó que habían comprometido su concurso al evento “figuras destacadas del cine, el teatro y la radiofonía, que interpretarán un programa artístico en el curso de la velada” (*La Capital*, Mar del Plata, 23-5-55). Este aditamento intentó ser luego integrado sistemáticamente al esfuerzo de propaganda.

Un minúsculo suelto periodístico comunicó que el Departamento de Cultura del Comando de la Juventud de la Capital Federal había organizado una “peña artística”, a la que asistirían “destacados valores de los distintos barrios porteños y representantes de todos los comandos”. El texto terminaba invitando “a todo joven con inquietudes artísticas a intervenir en las próximas peñas que se cumplirán todos los viernes” (*El Laborista*, 16-7-55).

Un periódico informó que Teisaire transmitió “un saludo del comando de la juventud femenina”, aunque no hemos hallado evidencias de su existencia, aunque en ese momento, hasta donde sabemos, era sólo un proyecto (*La Prensa*, 24-5-55). Las mujeres jóvenes del peronismo alcanzaron un grado menor de organización con autoridades propias pues estuvieron encuadradas en los órganos del Partido Peronista Femenino presidido en 1955 por Delia de Parodi. Quizá esto deba ser vinculado con el hecho de que la rama femenina del movimiento peronista no había



alcanzado un funcionamiento adecuado después del fallecimiento de Eva Perón. No obstante, una incipiente juventud femenina se sumó a la campaña doctrinaria, para la que convocaron a un acto en las oficinas del ministerio de Trabajo y Previsión, a mediados de junio. Luego de cantar las tradicionales *Marcha Peronista* y *Evita Capitana*, Teisaire anunció las próximas actividades de divulgación doctrinaria que incluirían doscientas reuniones en la Capital Federal (*Crítica*, 10-6-55). El vicepresidente subrayó la exigencia de la disciplina partidaria pues la presidenta de la rama transmitía el pensamiento del general Perón (*La Prensa*, 10-6-55).

Carecemos de mayores evidencias del surgimiento de un movimiento juvenil femenino derivado del Partido Peronista Femenino; las fotografías de los periódicos jamás muestran una importante concentración femenina juvenil, tal como aparece para la juventud masculina. Para las mujeres jóvenes, el retraso en la organización juvenil estaba acompañado por una sólida contención en los atributos de género.

La subalternidad de la Juventud Peronista, hasta entonces incuestionada, comenzó a colisionar con las necesidades activistas exigidas por las circunstancias. Dado el lugar atribuido a la Juventud, el cambio sólo fue imaginable como una variación dentro de lo ya conocido. Pero esa amortiguación pretendía hacer tolerable una novedad inequívoca: el peronismo requería una militancia juvenil plenamente política.

Las tensiones propias del clima de enfrentamiento permitían resignificar los discursos hasta entonces circulantes con otros sentidos. Se produjo así un conocido fenómeno de “toma de la palabra”, en la cual se imprimieron significaciones novedosas a palabras usualmente inocuas o un tanto gastadas por su reiteración ritual. Por ejemplo, eso sucedió en creciente medida con las apelaciones de Perón a la “nueva generación” y al deber de la juventud de acometer con energía las faenas abandonadas por sus mayores.

Perón había insistido una vez más sobre el relevo generacional en el Día del Aprendiz de 1955. A raíz de sus dichos, la Juventud Peronista nacional vinculó la declarada preferencia de Perón hacia los jóvenes como arietes del peronismo con el cercano aniversario de la asunción



presidencial y el pasado mensaje al parlamento del primero de mayo. De esa conjunción extrajo la conclusión de que, a la vera del llamado, “la juventud peronista está pronta a luchar por el ideal que encarna el general Perón porque en su alma lleva un profundo sentido de patria, patria que nos enseñó el presidente Perón a conocer, a sentir, a amar, a respetar y a defender” (*Los Andes*, 4-6-55).

El ámbito de demanda de un espacio de acción política se abría paso en el discurso porque lo venía haciendo materialmente por la activa organización y la definición de un antagonismo entre peronismo y antiperonismo que dividía a gran parte de la sociedad. No se trataba tanto de que la retórica vacía dejara su lugar a la ruda divisoria política. Por el contrario, la retórica era manipulada para hacerla funcionar dentro de una proyección auspiciadora de exigencias de poder. Las palabras de Perón podían ser cargadas de requerimientos que él no había contemplado ni probablemente deseado.

La visibilidad pública de la Juventud Peronista se expresó principalmente a través de la divulgación de declaraciones y manifiestos en la prensa. El primero de significación apareció en el contexto de la confrontación con el catolicismo, luego de la manifestación del 11 de junio en las cercanías de la Catedral de Buenos Aires y la presunta quema de la bandera nacional por jóvenes integrantes de la Acción Católica. Posteriormente se sabría que se trató de una maniobra ideada por el ministro del Interior para inculpar a los católicos, torpeza que le costaría al importante activista socialista Ángel Borlenghi su renuncia al cargo ministerial y un olvido histórico que continúa hasta nuestros días. Antes de la procesión católica, la Juventud había convocado a sumarse al recibimiento del campeón mundial de peso mosca, Pascual Pérez, decía el comunicado, “ejemplo vivo de lo que puede la voluntad firme y tesonera puesta al servicio de una ideal deportivo, que es el de todos los argentinos” (*Los Andes*, 10-6-55). Después de ocurridos los acontecimientos, un diario oficialista publicó textos de repudio preparados por ambas ramas del Partido Peronista, e insertó a continuación un comunicado de la Juventud Peronista (*La Prensa*, 13-6-55).



Tras el anuncio del agravio a la insignia nacional, el organismo juvenil difundió el siguiente suelto: “La Juventud del Partido Peronista, ha visto con estupor inaudito los bárbaros atropellos cometidos por quienes, al amparo de una manifestación de fe religiosa, han puesto en evidencia, una vez más, que sólo actúan movidos por oscuros designios de la baja política. La historia es la de siempre: escudados en cualquier distintivo, que atente contra la seguridad nacional y la tranquilidad de la familia argentina, vuelven ahora formando las turbas clericales, que llegan hasta el atropello contra el símbolo más sublime, cual supone el agravio de la Bandera Nacional, cometido en el edificio del palacio legislativo” (*La Capital*, Mar del Plata, 13-6-55).

El activismo en ascenso de la Juventud no se restringía a subterfugios distractivos como la mencionada bienvenida del boxeador Pérez, pues ya se había superado un umbral y quedaba lejos la organización presuntamente apolítica y orientada a la formación física de los adolescentes. Se estaba definiendo una tendencia a la movilización en el espacio público y la apelación a la acción directa, apenas imaginable un año antes. Fue ese el cariz de la participación de la organización juvenil en el acto de desagravio a Eva Perón organizado por el Partido Peronista Femenino en las escalinatas del edificio del Congreso de la Nación, el 12 de junio. Durante la ceremonia a la que asistieron el Consejo Superior del Partido citado y las máximas autoridades de ambas cámaras del parlamento, un nutrido grupo de al menos 500 jóvenes desfilaron por la avenida Callao portando un enorme cartel con la inscripción “Comando de la Juventud Peronista” (*Los Andes*, 13-6-55).

El esquema de acción callejera y publicación de manifiestos se reiteró pocos días más tarde. El 16 de junio el frustrado golpe de Estado militar, acompañado por el escalofriante bombardeo de los aviones de la Marina sobre una Plaza de Mayo poblada de manifestantes, enervó el panorama ya tenso de los meses precedentes. Ante los acontecimientos, la Juventud Peronista emitió un comunicado amenazante (*Crítica*, 18-6-55).

La visibilidad de la Juventud Peronista era ya indiscutible, aunque su posición institucional seguía siendo frágil. Recién en una reunión del Consejo Superior del Partido Peronista realizada



el 4 de julio siguiente comenzó a discutirse el lugar que se le asignaría dentro del esquema de poder existente y las vías para el incremento de sus fuerzas en todo el país (*Crítica*, 5-7-55). Pero tal inclusión no iba a consistir en un simple reconocimiento de la lenta construcción del poder juvenil. La Juventud comenzaba a ganar un lugar en el diseño peronista de poder, que en las críticas circunstancias necesitaba el concurso del entusiasmo que podían llenar teatros como el Politeama, cuya capacidad de butacas era de 1.300.

Otro signo de la cambiante situación de la Juventud Peronista en la tensa lógica del poder partidario lo mostró la actitud del nuevo ministro de Interior, Oscar Albrieu, reemplazante de Borlenghi. Luego de entrevistarse durante las primeras horas y la tarde del día 7 de julio con las autoridades partidarias, a la noche se apersonó en la sede central de la Juventud Peronista con el propósito de conocer a los integrantes de la organización (*La Capital*, Mar del Plata, 8-7-55). El dato esencial es que la antes módica importancia de la Juventud partidaria no podía ser relegada por el ministro que tenía a su cargo la seguridad interior.

Sin embargo, la estructura de la agrupación juvenil carecía de autonomía e iba a ser duramente golpeada por las novedades políticas que afectaron al Partido Peronista. La decisión de Perón conmovió de reorganizar el núcleo de sus colaboradores inmediatos alteró las redes de afinidad política en la Juventud Peronista. Teisaire fue desplazado de su cargo de presidente del Consejo Superior del Partido Peronista. El contralmirante pagó los de la fracasada idea de invitar a la oposición a manifestar respuestas a la conciliación ofrecida por Perón. El discurso radiofónico de Arturo Frondizi por el radicalismo enfureció a Perón, que no encontraba en Teisaire la muñeca política necesaria para enfrentar la situación. Teisaire se había equivocado al declarar en una conferencia de prensa posterior al mensaje de Frondizi que la pacificación seguía su curso. El presidente sentenció su alejamiento. Alejandro Leloir fue el hombre llamado a cubrir el puesto de Teisaire en un nuevo organismo, la Junta Consultiva Nacional del Partido Peronista. Otros convocados para rechazar los argumentos opositores fueron John William Cooke y José Alonso. Pocos meses más tarde estos hechos serían alegados por Teisaire para acusar a Perón y su



gobierno de inmoralidad administrativa y manipulación política. La actitud del ex vicepresidente será decisiva para la construcción, después de 1955, de un nuevo peronismo autodefinido como esencialmente distinto al traicionero identificado con la felonía de Teisaire. Para la Juventud Peronista en la Capital Federal, la más cercana al contraalmirante, los primeros días de agosto fueron de una acelerada recomposición.

Para la militancia católica antiperonista la presencia de la Juventud Peronista como una organización enemiga se hizo perceptible en los momentos más álgidos de la lucha política de esos meses. Debemos subrayar respecto de lo que vamos a destacar enseguida que la opinión católica disponía de una definición incierta de los alcances de la Juventud Peronista y quizá en algún caso la confundía con la Alianza Libertadora Nacionalista, que en esos momentos se encontraba abocada a renovar sus cuadros y se armaba para enfrentar a la oposición.

La última fase de la historia de la Juventud Peronista hasta el 16 de setiembre se vincula con la actuación de John William Cooke en la intervención del peronismo en la Capital Federal, en reemplazo de Juan Carlos Lorenzo.

Cooke asumió su cargo el 12 de agosto en la sede partidaria de Riobamba 273. Al ponerlo en funciones, Leloir declaró que “el cambio operado en la intervención no responde al propósito de revisar ningún defecto sino al simple hecho de reencauzar al peronismo en la nueva etapa constructiva que vive la República” (*Los Andes*, 13-8-55). Desde luego, nada de eso era cierto. Las palabras de Cooke también quisieron atenuar la novedad. Dijo que el peronismo no se hallaba en “atonía moral”. Pero sí estaba claro que tenía definido cuál era el campo donde se dirimiría la disputa que venía a conducir. Era la vía pública, que según él mismo diría, el peronismo no había “perdido”, sino que la había “cedido”. El interventor del peronismo porteño esperaba revigorizar la capacidad de movilización del peronismo a través de la colaboración de las unidades básicas. Consideró necesario un regreso a la adhesión fundacional del pueblo, que debía ser reafirmada a través de concentraciones públicas. Pero las mismas serían inútiles si se realizaban con los mecanismos de acarreo sin vocación militante por parte de quienes asistían.



Muy pronto se sumaría un nuevo agente en el proyecto de Cooke: la Juventud Peronista. Cooke designó al doctor Mario Jorge Framiñán como delegado ante el Comando de la Juventud Peronista, cuyo secretario general era por entonces José Luis Cora (*Crítica*, 13-8-55; *La Prensa*, 20-8-55). Ambos fueron oradores en un acto realizado en el teatro Politeama junto a Leloir, Ana Macri del Partido Peronista Femenino, y los diputados Ángel Peralta y Raúl Bustos Fierro. El discurso de cierre fue pronunciado por Cooke. El Teatro estaba repleto de militantes de la Juventud Peronista. El interventor dijo que la tregua había concluido y añadió: “Vamos a iniciar la lucha en el campo que nuestros adversarios elijan y con las armas que ellos quieran” (*Los Andes*, 20-8-55). Luego de terminado el acto, una columna de jóvenes avanzó por la calle Corrientes al grito de “Perón sí, otro no”, hasta alcanzar el Obelisco. Luego, disminuido, un grupo tomó la calle Esmeralda hasta Santa Fe, donde se produjo un choque con un grupo antagónico. Se escucharon varias detonaciones de disparos que no dejaron heridos y se disolvió la manifestación.

Las acciones de la Juventud comenzaban a ser tomadas en cuenta fuera del peronismo. Así fue que el diputado radical Alfredo Ferrer Zanchi imputó a “elementos pertenecientes a la Juventud Peronista” la sustracción de tres banderas argentinas del local de la Unión Cívica Radical de la calle Riobamba 482 siguiendo, según dijo, directivas del Interventor. Cooke tuvo que desmentir la denuncia pues la Juventud del peronismo, dijo, antes que robar banderas las defendía (*El Líder*, 25-8-55; *El Día*, 25-8-55).

El choque entre radicales y jóvenes peronistas era esperable al instalarse la Juventud Peronista en la sede de Riobamba 273. En realidad, la presencia de la Juventud era común en ambos locales debido al lugar que Cooke le otorgó. Hay que tener presente la soledad que acompañó al ahora interventor durante los cuatros años anteriores, luego de la finalización de su mandato como diputado. Cooke carecía de una red importante de contactos políticos y del nutrido grupo de cuadros que necesitaba para realizar una tarea ingente como la exigida por su función. En esas circunstancias, ante la parsimonia de la estructura institucional partidaria, apeló a la Juventud



Peronista, hasta entonces convocada para ocasiones especiales. Cooke iba a cambiar dicha tónica y le otorgaría una visibilidad novedosa aunque fuera fugaz.

En agosto de 1955 la Juventud Peronista había avanzado en su presencia pública en los actos masivos peronistas. El interventor Cooke incluía un orador de la Juventud Peronista en los actos partidarios. La numerosa presencia convocada en el teatro Politeama por el discurso del titular del Consejo Superior del Partido Peronista, Alejandro Leloir, como no dejó de notarlo la prensa, reveló una preeminente presencia juvenil corroborada por la fotografía reproducida en la nota. La Juventud prometía ganar “la calle peronista” (*El Laborista*, 20-8-55). La mencionada fotografía reproducida permitía leer en el paño preparado por el activismo juvenil del barrio de Flores la autoidentificación como “Punta de lanza del Movimiento Peronista”. La palabra juvenil fue expresada por Mario Framiñán.

El 31 de agosto tuvo lugar en la Plaza de Mayo una enorme concentración convocada por la CGT para confirmar el mandato de Perón, quien había ofrecido su renuncia en vista de la intransigencia de la oposición. El discurso de Perón fue muy violento, lanzando la famosa amenaza de que caerían cinco de “ellos” por cada uno de los “nuestros”. Según referencias, en la construcción del texto original colaboró Cooke, quien intentó mantener la línea previa de llamado a la pacificación, aunque no tan concesiva como la antes propugnada por Teisaire. Perón admitiría después que le “salió el indio”. El presidente modificó el contenido al calor de su enunciación. Se difundieron durante ese día varios mensajes radiales transmitido por la cadena estatal. El interventor del peronismo porteño se dirigió a los afiliados para destacar que los dos meses en que se llamó a la convivencia patriótica sólo fueron respondidos con la agresión. También utilizó el medio radiofónico el delegado interventor Framiñán (*La Prensa*, 1-9-55).

Ante los rumores de un próximo levantamiento militar los conciliábulo y preparativos eran febriles. Cooke tenía una viva conciencia de la utilidad y proyección de la Juventud Peronista en la hora difícil del peronismo. Pensaba en ella, al menos en parte, cuando aludía a la disponibilidad de unos doscientos activistas con capacidad de acción directa en la sede de la



intervención, a la que pensaba sumar un contingente de la Alianza. Esta fuerza constituía un nucleamiento menor y frágil, poco concordante con las imágenes de guerrilla insurreccional que los relatos de la izquierda peronista construyeron más tarde apoyados en la actuación del ex anarquista gallego Abraham Guillén.

En efecto, Guillén había propuesto un plan para organizar milicias con fuerzas provenientes de la CGT, de las dos ramas del Partido Peronista y de la Juventud Peronista. El llamado “plan Guillén-Cooke” no fue aprobado por las máximas autoridades partidarias, y desde luego por Perón; tampoco fue admisible por el ministro del Ejército, Franklin Lucero. Devenido, según algunas perspectivas, un origen del uso de la violencia entre la juventud del peronismo, el “plan” contó con la simpatía de Cooke, quien reservó algunos grupos armados con amplia participación juvenil.

La posición de la Juventud mutaba drásticamente en la hoguera que rodeaba a la ciudadela peronista que parecía un año antes inexpugnable. Con el consejo de César Marcos, Cooke estaba decidido a modificar la capacidad de lucha del peronismo con los cuadros juveniles. Hasta el momento, la Juventud Peronista había sido una agrupación mal representada en el esquema del poder partidario, una institución ambigua y vacilante, mal considerada. Al hacerlo, la propia Juventud y el interventor subvertían el lugar subordinado y sólo recatadamente político que Perón y las élites peronistas habían asignado a los jóvenes. Al instituir la como ariete organizativo y político era previsible que surgieran fricciones con las unidades básicas y sus dirigencias.

Dos días antes de que el general Lonardi se alzara en el pronunciamiento del 16 de setiembre, Cooke anunció que él asumiría personalmente, una semana más tarde, la tarea de conducir el Comando de la Juventud Peronista (*El Día*, 15-9-55). El diario *Democracia* reprodujo parte de las palabras de Cooke, quien sostuvo lo siguiente: “La Nueva Argentina fue creada por el general Perón para ustedes, los jóvenes. A la juventud peronista corresponde elevarla, encauzarla o perderla. De la juventud depende que no se pierdan los trabajos y desvelos del general Perón”



(*Democracia*, 15-9-55). Las palabras implicaban una concesión que pueden ser interpretadas como excesivamente oportunas –a saber, la centralidad asignada a la juventud pudo perfectamente haber sido un recurso retórico aplicado a otros sujetos políticos en distintas ocasiones y, por lo tanto, habría que abstenerse de atribuirle una excesiva seriedad–. No obstante, la novedad era decisiva porque el interventor politizaba decididamente al comando juvenil al situarse él como autoridad estratégica. Pero lo fundamental es que consideraba a la Juventud como una “importante rama” del movimiento, anticipando una evolución que sólo se formalizaría quince años después. Cooke planeaba conformar un secretariado integrado “por nuevos dirigentes juveniles que se han destacado por su actividad y sus dotes para la organización y la dirección” (*El Día*, 15-9-55). Entre esos “nuevos dirigentes” había algunos con cierta trayectoria en la Juventud Peronista, como Cora, y otros más recientes como Raúl Lagomarsino y Héctor Saavedra. Por último, el lacónico suelto del interventor recomendó a las unidades básicas del distrito “la mayor colaboración con los organismos juveniles, para el mejor desenvolvimiento de estos últimos” (*Ibidem*).

Cooke tenía plena conciencia de que esa aclaración era necesaria. La crónica de *La Prensa* relató que según el interventor “se había tendido un puente cordial de entendimiento entre las autoridades de las unidades básicas y la juventud partidaria” (*La Prensa*, 14-9-55). El avance de la Juventud tenía que afectar la para Cooke morosa y perjudicial quietud que hasta entonces había prevalecido en el mundillo local de las unidades básicas y del peronismo institucional en su conjunto. Para tener una presencia extendida, representantes juveniles debían insertarse en los locales partidarios ya existentes y eso no podía dejar de producción fricciones. El proceso de coexistencia tenía que ser resuelto alguna vez y el avance juvenil colisionaría con las estructuras políticas tradicionales en la breve pero intensa historia del Partido Peronista.

No hubo tiempo para que se desencadenara el conflicto. El tiempo se había acabado y las esperanzas de Cooke en la Juventud Peronista como lo que ella misma había prometido tiempo atrás, el ser una “punta de lanza” y estar “firme junto a Perón”, esto es, como una fuerza



combativa dinámica, debería adecuarse al clima hostil que imperó desde el 20 de setiembre.

La actuación de Cooke como promotor y guía de la Juventud Peronista en la ciudad de Buenos Aires se ha perdido en la neblina que cubre, hasta aquí, la memoria colectiva del sector. Ninguna alusión se encuentra en la bibliografía consagrada a estudiar su trayectoria. Sin embargo, para Perón no era así. Todo hace pensar que éste tenía una nítida comprensión del lugar de la Juventud en los planes de Cooke para renovar la capacidad combativa del peronismo. Es lo que surge de la descripción que el ex presidente hizo desde el exilio para argumentar a favor de los peronistas que escapados de la cárcel de Río Gallegos se habían refugiado en Chile. Junto a Jorge Antonio, José Espejo, Héctor Cámpora, Guillermo Patricio Kelly y otros, Cooke había conseguido huir de la prisión patagónica y se encontraba detenido en Santiago de Chile. Ante el pedido de extradición presentado por el gobierno militar argentino, Perón envió una “Exposición” a la Corte Suprema chilena para defender a los seis asilados peronistas. En el apretado *curriculum vitae* de Cooke presentado por Perón en el escrito, limitado a señalar los cargos más destacados, constaba lo siguiente: “*Doctor John William Cooke*: Activo dirigente del Partido Peronista en la Capital Federal. Dirigente de la Juventud Peronista. Diputado Nacional. Interventor del Partido Peronista de la Capital Federal. Director-proprietario de la revista *De Frente*, clausurada al mismo tiempo que los demás órganos partidarios. De amplia y reconocida actuación en la Política Argentina” (Perón, “Exposición”).

Cuando en noviembre de 1956 Perón designó a Cooke como su delegado en la Argentina, cuyas decisiones debían ser acatadas como si fueran las propias, tenía en mente su vinculación estrecha con la Juventud Peronista. No obstante, para la época en que se redactó la recién citada “Exposición”, la Juventud Peronista era irreconocible. El *shock* de la “Libertadora” la había desfigurado y transformado. Algo nuevo iba a emerger.

Conclusiones

La formación de la Juventud Peronista fue un proceso molecular y contradictorio que se fue



desplegando en el seno del movimiento peronista. Sólo una visión que congele la historia y la inicie en las órdenes partidarias para constituir filiales a principios de 1954 puede afirmar que se trató de un proceso meramente institucional y desde arriba. Aunque, no sin razón, las nuevas hornadas de jóvenes peronistas acusaran en el Partido Peronista vigente hasta 1955 un proceso de “burocratización” que imposibilitó enfrentar adecuadamente los previsibles ataques, la emergencia de la Juventud Peronista muestra que surgían novedades inesperadas desde el corazón institucional del peronismo.

El Partido Peronista exigía arreglos que aspiraban a definir de una vez por todas las relaciones de poder internas. No obstante, el crecimiento del partido (en particular en su variante masculina) y la competencia interna por el poder demandaban medidas disciplinarias frecuentes. Por otra parte, al pretender captar a todo el pueblo entre sus filas, antes y después de los actos electorarios no era raro observar medidas de intervención y reorganización orientadas a mejorar futuras performances comiciales. El resultado fue una historia convulsionada que afectó a todos sus niveles. Y la Juventud Peronista fue una víctima de la permanente reestructuración y saneamiento de la institucional partidaria.

La consolidación de la Juventud Peronista tuvo que enfrentar otro obstáculo en la representación de lo juvenil como etapa subjetiva y social. Era difícil pensar que la juventud fuera más que un periodo transitorio, relativamente breve, en el paso a una fase verdaderamente consistente como la adultez. Profundas transformaciones sociales hicieron posible que esa novedad excediera a las clases medias y altas, en buena medida gracias a una movilidad social reimpulsada por el peronismo. La militancia de jóvenes de clase media fue hasta 1955 un elemento decisivo en la construcción de la Juventud Peronista. Pero expresaba una novedad social mayor, respondía a una demanda social de representación política de la juventud. Pues bien, tal sujeto debía transitar un largo trecho para ser reconocido como políticamente singular en el seno del movimiento peronista. Su primera expresión tuvo lugar bajo la figura de los comandos juveniles, sin una clara inscripción en el sistema partidario.



La deuda histórica de la Juventud Peronista con la Revolución Libertadora es entonces paradójal. Desde un punto de vista, significó la clausura de una etapa fundacional. Si habría una Juventud del peronismo, dada la transformación radical de las circunstancias políticas, su carácter sería muy diferente. El golpe de Estado cívico-militar de 1955 tronchó de raíz el proceso, complejo pero dúctil, que se venía desarrollando en los últimos 18 meses.

La endeble estructuración de la Juventud Peronista se disolvió junto al igualmente frágil maderamen institucional del Partido Peronista. Es imposible calibrar cuánto del olvido de la Juventud Peronista se debe a la obra destructora de la dictadura militar entonces impuesta. Y sin embargo, los meses terribles del golpe de Estado impusieron un desafío que en el mediano plazo forzaron una nueva era de la Juventud Peronista, que en la distancia del líder y ante la vacilación de las autoridades partidarias locales, pudo reclamar un puesto preeminente en la lucha por el retorno de Perón.

Lo cierto es que cuando se inició el proceso de acumulación de activistas peronistas juveniles, desde principios de 1956, el legado de la Juventud Peronista era aparentemente nulo, pues ya no existía su instrumento institucional: el Movimiento de la Juventud Peronista. Por lo tanto, lo que en el comienzo de este trabajo hemos denominado la edificación mítica de un nacimiento absoluto de la Juventud Peronista después de 1955 no era meramente el efecto de un destino mitológico en toda creación política. Obedecía también a la historia política y el aniquilamiento del peronismo político hasta entonces existente.

La Juventud Peronista luego constituida fue muy diferente a la observable hasta el derrocamiento de setiembre de 1955, sus condiciones formativas eran distintas y los enemigos que debía enfrentar eran otros.

La Juventud del peronismo proscrito se erigió en la primera y fundacional Juventud Peronista, olvidando a su predecesora como una entelequia irrelevante maquinada por Teisaire. Habrían sido “tres burócratas”, según nos dijeron. Pero en términos cuantitativos, probablemente hasta la eclosión de fines de la década de 1960, la Juventud Peronista que hemos investigado era más



numerosa que los grupúsculos más o menos inestables y diseminados que constituyeron la Juventud Peronista de la mitología elaborada por sus propios participantes.

De acuerdo a nuestros argumentos, el retén que contuvo a la Juventud para crecer fue política e ideológica, pues sólo podían lanzarse a la construcción organizativa de alguna importancia política mayor cuando se decidieran a reclamar una cuota de poder, y por lo tanto, demandar una reorganización de la distribución de posiciones dentro de la cartografía política peronista. Para hacerlo era inevitable colisionar con los sectores ya establecidos, y en última instancia con Perón. Esto último era completamente inimaginable.

El recambio generacional en el peronismo no estaba habilitado ni alcanzaba posibilidades de verificación más allá de los discursos de Perón y Aloé. El momento crucial del parricidio simbólico exigido por la búsqueda de legitimidad para una nueva generación –esto vale tanto para las generaciones intelectuales como para las políticas– era históricamente imposible.

Hemos insistido en el interés de la nueva Juventud Peronista en desligarse de las cadenas, consideradas fosilizadas, que ataban a la etapa contradictoria del primer peronismo. El suyo había sido un nacimiento difícil y legitimaba sus credenciales combativas, incompatibles con las comodidades del amparo estatal que había reblandecido las fuerzas del movimiento popular después de la muerte de Eva Perón.

Los umbrales de autonomía relativa parecen haber sido muy bajos. Para emplear un contraste de la época, sería impensable que la Juventud Peronista pudiera situarse en una posición similar a la defendida por la Juventud de la Unión Cívica Radical que en 1955 exigía la separación de la dirigencia intransigente del partido y demandaba una reorganización de la institución, o los debates en el seno de la juventud del Partido Socialista alrededor del antiperonismo cerril de sus cuadros mayores. Ambos partidos estaban fracturados y disponían de rangos juveniles de larga data, que o bien estuvieron muy activos (como los radicales) o bien retomaron la actividad tras el derrocamiento de Perón (como los socialistas) (*La Prensa*, 30-5-55; *El Día*, 29-9-55).

Pero explicamos por qué, en modo alguno, la Juventud Peronista carecía de antecedentes. De allí



que en el momento de formación de una Juventud Peronista a nivel nacional, en 1962, Perón desde el exilio no hablara de un “organización” desde la nada, sino más bien de una *reorganización*, que no aludía al intento de 1959 pues éste no había logrado verdaderamente institucionalizarla. Por supuesto, Perón veía esa inorganicidad como un problema, y la perspectiva era compartida por la militancia juvenil. Mas las maneras de darse autoridades iban a permanecer irresueltas. La Juventud Peronista de 1954-1955 era profundamente compleja. Comprendía tanto la organización de carreras de automóviles a pedal para niños, vimos que eso sucedió en Rosario, como la manifestación pública con una clara decisión de enfrentamiento con los jóvenes opositores, según ocurrió en Buenos Aires. Las prácticas de club barrial primaban en un lugar, las más propias de una agrupación juvenil de corte nacionalista en otro.

Al aludir a la reorganización, Perón buscaba imprimir su sello fundador de la Juventud Peronista. Por lo que hemos visto, esa pretensión tenía una justificación, aunque su fragilidad era evidente pues ninguno de los dirigentes juveniles del periodo 1954-1955 podría haber obtenido reconocimiento de los aún más jóvenes activistas del periodo posterior. Reclamando su precedencia en la enunciación de la tarea juvenil en el movimiento popular, Perón destacaba que “ya en 1951” había asegurado desde los balcones de la Casa Rosada que la Juventud Peronista “debía tomar las banderas y conducir las al triunfo final” (Perón, “A la Comisión”).

Así las cosas, el líder en el exilio se aseguraba la propiedad de la novedad organizativa en ciernes. La reconstrucción histórica aquí realizada permite notar que Perón forzaba su clarividencia de 1951. La juventud que mentaba entonces no era la que se consolidaba en los primeros años sesenta, ni estaba del todo dispuesto que fuera ella la que condujera al triunfo final. Nacida de nuevo bajo la lluvia inclemente de la dictadura y la proscripción, influida por nuevos aires revolucionarios en América Latina, la nueva Juventud Peronista había iniciado una deriva que la llevaría con caminos insospechados que el propio líder, aún no lo sabía, se iba a disponer a clausurar.



Referencia

Instituto Alejandro Bunge de Investigaciones Económicas y Sociales, *Soluciones argentinas a los problemas económicos y sociales del presente*, Buenos Aires, Ediciones Economía Argentina, 1947.

Intervención del Partido Peronista, Distrito Federal, *Campaña electoral de 1954*, folleto sin indicación de lugar y fecha de edición (en Biblioteca Peronista [Reservada], Biblioteca del Congreso).

Perón, Juan, “Exposición”, fechada en junio de 1957, depositada en Centro de Estudios Nacionales, Biblioteca Nacional, Unidad de conservación 959.

--. Juan D. Perón, “A la Comisión Reorganizadora de la Juventud Peronista” (1962), en Roberto Baschetti, comp., *Documentos de la resistencia peronista*, La Plata, de la Campana, 1998.